

rebelaba contra tanto absurdo, contra tan manifiesta iniquidad, se rebelaba, sí, se enfurecía. Y el bueno del hombre continuaba sonriendo. Mi rebelión tomó un extraño aspecto de odio, de rencor. Le miraba.—¡Qué hombre tan antipático!—pensé—y le seguí mirando. Antipático, odioso, necio, pedante...—Parece un buen señor—recuerdo que dijiste.—¡Te hubiera pegado!—¡Viejo idiota!—murmuró un estudiante de Leyes detrás de mí. El día estaba de sensaciones raras y agresivas; al oír: ¡Viejo idiota!, de buena gana hubiera arañado al estudiante. Volví á mirar á la tribuna. En la sonrisa del doctor don Raimundo de la Gala había un extraño poder de fascinación. Yo tenía los nervios de punta; creo que le hubiese arañado de mejor gana aun que al estudiante, y sentí no ser hombre y tener toga, y cincuenta y cinco años por lo menos, por no poder subir á la tribuna y anonadarle en un discurso sublime que confundiese todos sus sofismas con el peso de diez años más que los suyos de experiencia mundanal y científica...

El caso es que salí del Paraninfo rabiosa, con la boca seca, con la garganta apretada, odiando con todas mis poten-

cias al señor don Raimundo de la Gala, catedrático de Cristalografía, ó lo que es lo mismo, en lenguaje psicológico, definitivamente enamorada de él.

7 DE SEPTIEMBRE

Naturalmente, Carlota de mi alma, que esta equivalencia psicológica entre la antipatía y el amor no la advertí en aquel mismo instante. Costóme muchos meses tediosos de amor latente y descorazonado el llegar á descubrir que sólo el hombre á quien amamos de todo corazón es capaz de inspirarnos ese imperioso deseo de arañar que á las veces nos sobrecoje: de arañar, de morder, de hacer pedazos. Sin duda es el ansia de posesión manifestada en el instinto de ejercer uno de los derechos del poseedor: el derecho á destruir el objeto poseído: algo como el afán de las criaturitas á romper el juguete, que ahora sabios han descubierto ser la manifestación primera del instinto de construcción.

Muchos meses: todos los de un curso y la mitad de otro, más las vacaciones intermedias. Tediosos, sí, los únicos de mi ya larga vida que no me gusta re-

cordar, los que me han dejado mal sabor de boca, á pesar, ó tal vez precisamente, por ir engastado en ellos el elemento pseudo-sentimental, para tantas mujeres ilusionante ¡pobrecillas! de un primer noviazgo: fijate que no digo de un primer amor. ¡Pobre Mariano! Si supiera él que su interesante, atildada, repulida y conquistadora figura es la única que me gustaría borrar en mi galería de humanos recuerdos! ¡Oh, retostado, retorcido y cosmetizado bigotel! ¡Oh, impecables corbatas, botas, guantes, frégoli y panamá! ¡Oh, agilidad envidiable de piernas y de ingenio, quiero decir para el baile y para el retruécano! ¡Oh, sed de amar! ¡Oh, vueltas de paseo! ¡Oh, noches de agosto á la reja y tardes de diciembre al brasero! ¡Oh, tedio inacabable, inagotable, infinito!

Quedamos, pues, en que el amor sembrado en aquella memorable solemnidad académica dióse á cristalizar lenta y calladamente, á lo más, con cierto rumor sordo y molesto como el dolor mal localizado que dicen que se siente cuando dentro del cuerpo se está formando un cáncer .. que se yo! Esto de los amaneceres de amor es cosa bonita en las novelas, porque siempre cuida el nove-

lista de poner frente á frente á los que se han de amar en un medio propicio, campos floridos, salones perfumados, entre brisas y versos, en cierta soledad ideal que, favoreciendo el duo, precipita los acontecimientos. Pero la topografía real de almas y situaciones difiere bastante de la imaginada, aun en las novelas más realistas. Enamorada esta heroína, sin sospecharlo, de un hombre sabio, maduro y más bien feo, la vuelta de la rueda del vivir la pone frente á frente de un jóven, mas bien guapo y desoladoramente ignorante. Dirás tú: «¿Tenía más que volver la cabeza y no hacer caso al galán intruso?» ¡Ay, Carlota de mi corazón, prosigamos el símil patológico! Así como el que siente ese indefinido malestar de que antes hemos hablado, si por acaso oye ó lee de una enfermedad cualquiera, se figura desde luego que la padece, y concreta imaginativamente los síntomas adaptándolos á la dolencia en cuestión, así yo, dolida de inquietud cordial y habiendo leído las bastantes novelas para saber que de los quince á los veinte las tales inquietudes suelen significar amor, engañé al corazón con la cabeza, haciéndole creer que el causante del daño era el primero

que se había lanzado á nombrarle delante de mí. ¿No asusta pensar, queridísima, la cantidad de mujeres que deben de casarse por equivocación? De estas y otras confusiones análogas nacen á mi entender las desilusiones de que tantas veces echamos la culpa al amor, que, verdaderamente, no la tiene. Cásase una pareja, al parecer enamorada: la buena fé no falta, pero el amado ¡ay! no era precisamente el elegido: síguense dos caminos, 1.º: la vida pone frente al iluso al verdadero amado: resultado: adulterio, muerte, desolación, tragedia ruidosa. 2.º: los que verdaderamente hubieron de amarse no se vuelven á ver: resultado: tedio, cansancio, desilusión, tragedia silenciosa y gris: de ahí los innumerables aforismos necios «La posesión engendra el hastío», «el matrimonio es el sepulcro del amor», etc., etc. ¡Pobre amor, que carga con la responsabilidad de todas nuestras equivocaciones! Estremecimiento me da pensar que hubiera yo podido, á ser un poquito más sensual, dejarme prender por lazos de caricia ó de halago y ser á la hora presente esposa resignada, desilusionada y aburrida de mi señor primo. Carlótica, por Dios, no te olvides del consejo

de Nietzsche: piensa si el hombre con quien quieres casarte será capaz de darte conversación para toda la vida. Eso fué lo que á mí me salvó: haber leído á Nietzsche... y á Santa Teresa, y morirme por la conversación.

Empezó el curso en un maravilloso día de sol, octubre con sol es lo más delicioso del año: hablan del encanto emocional de la primavera, del romanticismo de abril, de la conmovedora fragancia de mayo: casi todos los urdidores de sentimentales intrigas enamoran á sus héroes á aroma de acacias y violetas: no saben ellos bien como huelen las últimas pálidas rosas, las que se quedan en los jardines como olvidadas en la fronda profusa de las rosales trepadores, las que se deshojan tan calladamente sobre la piedra de las escalinatas; ni mucho menos como trastorna el alma y el sentido ese otro olor, que no me atrevo á llamar perfume, por no quitarle dignidad, de las hojas primeras que se caen y se pudren á la primera lluvia otoñal en la sombra húmeda de las avenidas. Fué, pues, día de sol, y yo tenía el alma bañada en una placidez nueva, en una melancolía perfumada y gloriosa, como si por primera vez tomase po-

33029

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEO.
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

sesión de rincones de mi propio espíritu desconocidos hasta entonces. Empezamos por clase de Álgebra: el profesor hablaba sencilla y claramente de los valores de la cantidad: haciéndonos notar como la entidad cuantitativa, dos por ejemplo, puede tener y tiene siempre una especie de valor moral, según que ayude ó contrarie á la anhelada solución del problema: hasta el número, el impasible, el inmutable número puede decir que sí ó que no: la cantidad es positiva ó negativa. El profesor era hombre simpático y de buena voz: además hablaba claramente como quien sabe lo que está diciendo: yo saboreaba con fruición intensa la luz del sol, la tibieza del aire, —teníamos las ventanas del aula de par en par— y la bien ordenada claridad del razonamiento: era absolutamente feliz. Recuerdo que hasta cerré los ojos un instante, —¿por qué esta inclinación á cerrar los ojos cuando el alma tiene algo que saborear?— y entonces la voz del profesor, sonando, bien timbrada, en el silencio de la clase, se me antojó algo así como rumor de fuente ó de arroyo, cosa de agua libre, sonido limpio, vibración campesina y serena: se había levantado un poco de aire, y movía le-

vemente el ramaje de unos castaños de Indias,—las ventanas del aula abren sobre el esbozo de jardín botánico, gloria de la Universidad de X...—Movía, digo, el ramaje, como es su derecho: más, extralimitándose un poco, entró por las ventanas del aula y movió también las cuartillas que yo tenía sobre el pupitre para tomar notas: volaron las cuitadas; alcéme á recogerlas; miré maquinalmente al jardín y ¿quién, por mala ó buena estrella, acertó á pasar junto á la ventana? El señor catedrático de Cristalografía, que llegaba, como de costumbre, un poco tarde á clase. Verle esta humilde servidora tuya y perder el equilibrio intelectual, fué todo uno: todas mis indignaciones de la víspera, todas mis antipatías, todas mis ansias más ó menos destructoras resurgieron en tropel; creo que toda la sangre del cuerpo se me agolpó á la cara; zumbáronme desaforadamente los oídos; me temblaron las manos; sentí en el corazón una punzada extraña, como si me le atravesaran por la punta con una aguja de coser esteras... Volví á mi sitio: llevéme las manos á la frente intentando coordinar ideas, restituirme á la realidad algébrica que imperiosamente me

estaba llamando. ¡Inútil! La voz del profesor continuaba sonando clara é insinuante: el razonamiento supongo yo que seguía encadenándose con la más absoluta lógica, pero yo no volví á entender ni jota. Nublóse el sol, el airecillo se hizo viento y fresco, entraron en clase unas cuantas hojas arrancadas de los castaños, y un alumno cerró las ventanas...

8 DE SEPTIEMBRE

Si te he contado tan por menudo el incidente del viento, las cuartillas y el catedrático, á pesar de su poca importancia exterior, es porque podemos considerarle como primer término de una serie de incidentes sucesivos análogos, y, en lo exterior, tan poco interesantes como este primero. Es una verdadera calamidad, queridísima, esto de que el proceso de las pasiones haya venido en nuestro tiempo, á ser tan silencioso. ¡Si la vida sigue por estos caminos, no sé que van á hacer los novelistas! ¡Oh, siglos bienaventurados de la pasión á voces y la muerte á gritos! Diríase que el alma universal ha entrado en una era de mutismo: callada-

mente se ama, se odia, se espera, se desespera, se engaña, se perdona; calladamente se puede una morir de amor, que no faltará médico para certificar que se murió de anemia. ¡Le tenemos un miedo á toda voz que venga del espíritu, á todo gesto que pueda acusar emoción, á todo sonido que pueda traicionar por el timbre el metal de nuestros corazones! Silencio, silencio. Y, sin embargo —me dirás— estamos en el siglo del ruido. Cierto, amadísima: todo alborota, pero nada dice; nos permitimos la risa y el reniego, pero no el suspiro; ostentamos la alegría y el dolor, pero ocultamos cuidadosamente el gozo y la pena ¡Extraño pudor, que casi es cobardía! Sí, estamos hechos de sangre villana, puesto que tan villanamente juzgamos de nosotros mismos, puesto que nos parece imposible y casi vergonzoso todo apasionado arrebató. ¿Por qué se han acañado los héroes? Sencillamente, porque no hay quien se crea con derecho á ejercer el heroísmo en el bien ni en el mal.

Viene la pena, la pena grande, la desatinada pena de amor, y no la queremos reconocer, porque —sonriendo con cierto escepticismo— pasaron ya los tiempos de Werther... y, naturalmente, no

nos matamos. Ahí están lenitivos de baja estofa, vicio en hombres, frivolidad en mujeres, para convencernos de que el dolor de amor es literatura, y de que la vida está en salir de uno mismo. Claro que el dolor huye, ¡pues no ha de huir! como que no vive más que en los corazones que se respetan; pero al huir se lleva el alma, y ahí se queda el hombre poco menos que trocado en piedra!

Llega la emoción, porque llega, Carlótica mía, y de tantos matices y por tantos caminos: ya es compasión, ya es exaltada fe, ya es amor, ya es angustia de duda por todo lo que está sobre la tierra y más allá del cielo; llegan esas tardes en que la inquietud cordial ¡por lo que se al no nos deja vivir, en que nos levantamos de la mesa, y cerramos el libro, y dejamos á un lado la labor, y vamos á la puerta, y luego á la ventana, y en lugar de rendirnos á la evidencia y caer de hinojos ante la dignidad de la visitación, y hundirnos y dejarnos anegar en la marea dulce ó amarga, pensamos, ¡pensamos, horror!, que la emoción injustificada no es propia de personas normales, razonables, equilibradas como nosotras, y, de profanación en profanación, llegamos á blasfemar la idea de

que sin duda la agitación insólita proviene de que la taza de café que hemos tomado al postre estaba más cargada que de costumbre. Y la emoción huye ¡pues no ha de huir!, pero nos deja un tedio de la vida...

¿Por qué somos cobardes? ¿Por qué le tenemos miedo á la exaltación? ¿Por qué, si se nos llenan los ojos de lágrimas al escuchar una voz amiga, volvemos la cabeza, para que quien habló no se entere de nuestro llanto? ¿Por qué, si temblamos al estrechar una mano querida, apartamos la nuestra para que el temblor no nos haga traicion ante el amigo? ¿Traición de qué, Dios mío, traición de qué? ¿De haber sentido, de habernos inquietado por algo sutil, de amar acaso frente á quien tal vez no siente, no se inquieta ó no ama? ¡Peor para él! ¿Por qué hemos nosotras de avergonzarnos en su presencia? Así va el mundo, callando todos, disimulando todos, renegando todos la inevitable emoción, y más que nunca, *ellos* frente á *nosotras*, *nosotras* frente á *ellos*: ellos porque eso de emocionarse «no es cosa de hombres», nosotras por el miedo á que nuestra emoción les parezca á ellos «cosas de mujeres». ¡Oh, tantas y tantas

palabras necias, dichas para ocultar una idea demasiado hondal ¡Oh, cuantas y cuantas risas sin sentido para esconder un temblor de voz! Lo malo es que, volviendo por pasiva aquello de que la función crea el órgano, es de temer que, á fuerza de limitar el funcionamiento emocional, venga á perder la humanidad por atrofia la facultad—ó el órgano—de emocionarse, y el día en que así sea, Carlota de mi alma, sí que será cosa de reeditar el deseo de Nerón, y ver de hacer con todos los humanos una sola lamentable cabeza para una libertadora guillotina.

¡Chiquilla, qué serías nos hemos puesto! Es á saber que llueve, que hace un poco de frío, á pesar de la chimenea encendida, y que mi marido, contando con mi venia, naturalmente, no ha venido á comer conmigo. Es la primera vez que como sola desde que me he casado. La ausencia está perfectamente justificada: banquete de sabios que preparan un congreso de Paleontología para la primavera que viene. Además yo no he asistido á él, porque no me ha venido en gana, puesto que en esta tierra no está mal visto el que las mujeres coman con los hombres en fraternidad de ideales

más ó menos fósiles. A pesar de lo cual, tengo unas ganas de llorar terribles. Tal vez toda la anterior perorata no haya sido más que necesidad de justificación para este nerviosismo injustificado. Sí, ganas de llorar por... por... por cinco horas de ausencia. Es absurdo, pero así es el amor.—¿Y por qué—dirás—ya que el amor te aprieta hasta el absurdo de llorar una tan breve ausencia del amado, no has ido con él al banquete?—Ahí verás tú: por eso, por lo de antes, por la pícara cobardía ante la manifestación de las emociones, por el miedo ¡más que miedo, pánico! á ver sonreír con leve ironía al señor don Raimundo de la Gala ante un «Voy contigo, porque me da tristeza quedarme sola». ¡No te rías, eh! Si te rías, perdemos de una vez para siempre las amistades.

¿Por qué ha de sonreír irónicamente el señor catedrático? No hay que olvidar, Carlota, que el señor Catedrático es muy sabio y un poquito zumbón, y tiene algunos años más que su señora esposa. En resumen, que el único defecto—no, defecto es mucho—el único pero que puedo ponerle á este retrecherísimo señor y dueño es su desesperante exceso de equilibrio. ¡Lo que yo daría en mu-

chas ocasiones por un capricho, por una sin-razón, por una rabieta, por un enfado, por una ligerísima arbitrariedad! ¡Anhelos inútil! A este hombre admirable no hay modo de sacarle de sus casillas. —¡Te arañaría!—le digo muchas veces—y él, con la más amable sonrisa del mundo, me contesta, ofreciéndome la cara:—¡Aráñame!—Con lo cual, ó matarle ó dejarle, como dicen las madres de los chiquillos testarudos.

Me duele la cabeza escandalosamente. Hasta la vista.

LONDRES, 6 DE SEPTIEMBRE

Proximamente á mediados de curso, es decir, entre Carnaval y Semana Santa,—ya que los estudiantes tenemos la pícara costumbre de ir midiendo el período escolar por las etapas de vacaciones—dióse en la psiquis de esta tu amiga un fenómeno de relativa importancia. Por primera vez en la vida se me vino á las mientes la pregunta inevitable: ¿Dónde estará ahora mismo el hombre con quien me he de casar?

Toda mujer, no sé si por acatamiento de una ley natural ó por pesadumbre de la idea heredada siempre que edifica

visiones de porvenir—y creo que comienza el dulce trabajo arquitectónico en cuanto salta de la cuna,—puebla sus castillos en el aire con hijos y marido,—así por este orden: hijos y marido. Ella se mira dueña y señora en el amable reino familiar, moviéndose ordenadamente en la actividad de la vida doméstica, dentro de la cual caben todos los perfiles de frivolidad, lujo y bienestar que su especial matiz intelectual le sugiera. Los hijos son pequeños, alegres, sanos, saltan, gritan, abrazan, lloran, ríen; la madre los reprende, los consuela, los viste, los halaga con lecciones y cuentos. En la casa hay jardín ó hay salones; hay fiestas ó hay duelos.—Puesta á soñar una mujer, tanto placer le saca á las futuras lágrimas como á las risas por venir, que ya es lugar común en poesía lo de que la esperanza y el recuerdo todo lo doran y platean á luz de sol ó á ópalo de luna.—Entre todo este tráfago de sonrientes anticipaciones, el marido va y viene, habla tal vez, acaso sonríe, pero como si estuviese dentro de una nube. Está en el sueño porque es elemento indispensable para la edificación familiar; pero la soñadora no le ha visto nunca la cara... ni ha deseado ver-